

XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca, 2011.

La naturaleza andina y el centralismo estatal.

Paula Núñez.

Cita:

Paula Núñez (2011). *La naturaleza andina y el centralismo estatal. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/489>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

MESA 79

Título de la mesa: Sociedad y naturaleza en perspectiva histórica

Coordinadores:

José María Mendes (ISHIR/CEHIR/CONICET y UNRN) josemariamendes@elbolson.com

Claudia Andrea Gotta (CEEMI-UNR) cgotta@fcpolit.unr.edu.ar / gottabogado@yahoo.com.ar Esta

Título de la ponencia: La naturaleza andina y el centralismo estatal

Autora: Paula Núñez

Pertenencia institucional: IIDyPCa: CONICET – UNRN

DNI: 23114790

Correo electrónico: paulagabrielanu@yahoo.com.ar

Autorizo a publicar

Introducción

La dualidad sociedad-naturaleza, entendida como un par antagónico es una marca de las sociedades modernas (Descola y Palson, 2001), que se han edificado, precisamente, a partir de instrumentalizar y cosificar ese ámbito concebido como no-humano. De este modo, el mismo emerge reducido a la idea de recurso (Merchant, 1980). Desde esta problemática, el trabajo que se presenta aborda un aspecto particular, aquel vinculado con el espacio que se cuida o preserva, el de la naturaleza-paisaje valorado a partir de tornarla área natural protegida, cubierta del desgaste al que las sociedades humanas someten a sus entorno a partir de la figura de la Dirección / Administración de Parques Nacionales. El caso que se tomará como emblemático es el del Parque Nacional Nahuel Huapi, y en directa relación con el desarrollo económico de la localidad de San Carlos de Bariloche, focalizando las primeras décadas de su conformación a fin de realizar reflexiones que permitan llevar ciertas preguntas al escenario actual.

Los Parques Nacionales

A fines del siglo XIX, desde diferentes sectores se comenzó a llamar la atención sobre la necesidad de cuidar los recursos naturales, en especial ciertas áreas de particular belleza. La primera respuesta a estas propuestas tuvo lugar en Estados Unidos, país que diseñó las primeras políticas de cuidado y acuñó el término de “Parques Nacionales”. Las definiciones y propuestas que allí se determinaron se reprodujeron casi literalmente en el resto del mundo. El hito fundacional fue la creación en 1872 de la primera gran reserva natural protegida del mundo en las montañas Rocosas: el Parque Nacional de Yellowstone; un territorio de casi noventa mil hectáreas en los estados de Wyoming, Montana e Idaho. Se hace esta reserva como “espacio virgen para el goce del pueblo”, tal como obra en la ley de su creación.

La creación de estos espacios estuvo signada por una concepción dual de la “conservación de la naturaleza”, que varió entre la concepción de las ciencias biológicas, para las que “cuidado de la naturaleza” significa “asegurar aquellas condiciones necesarias para la evolución de una comunidad natural”, y la de las ciencias económicas, que impactan en el establecimiento material del espacio, en cambio, prevalece la noción de “limitar el uso de los recursos naturales hoy para disponer de ellos mañana” (Oelschlaeger, 1991: 419 y 420). Pero la característica que me interesa rescatar es otra, estas ideas de conservación no constituyeron la preocupación central durante la etapa fundacional de los Parques Nacionales, sino que el objetivo focalizaba el consolidar un determinado modelo de nación en espacios de frontera (Fortunato, 2005).

Volviendo al hito de 1872, cuando el gobierno de Estados Unidos de América creaba el primer parque nacional del mundo en la región del río Yellowstone dio inicio a una serie de políticas que se replicaron en las tres décadas siguientes, en otras diez porciones territoriales del “far west” habían sido conservadas bajo igual denominación. Fortunato (2005) pone a la luz la intencionalidad de la adjetivación usada por los norteamericanos. Los Parques fueron llamados “Nacionales” y no federales (por su ámbito de dependencia administrativa), ni naturales, silvestres, salvajes o de una manera análoga (según su fase de desarrollo distintivo) porque se quería cuidar la vida, pero no de determinados organismos específicos en forma aislada, sino “la vida” en el marco de un esquema de control. De modo que la conservación del Yellowstone estuvo caracterizada, como en tantos otros Parques Nacionales, por la intervención de sujetos e instituciones vinculados principalmente a intereses territoriales (Nelson et.al., 1978).

Fortunato reconoce tres principios que dieron su forma original a la figura jurídico-espacial: la propiedad pública federal de las tierras involucradas, la valoración estética de paisajes considerados singulares y la estrecha relación establecida entre el territorio puesto a resguardo y el ámbito geográfico e histórico de conformación de la identidad de la nación. Este punto es interesante, Ortega Cantero (2009) señala que los paisajes reconocidos como “nacionales” refieren a ciertas consideraciones morales con que se caracterizan a la propia población de la zona y a su configuración societal. En el caso que el español analiza, son los castillos la referencia de robustez, sobriedad, dignidad que se proyecta sobre la sociedad española en su conjunto. En el territorio que nos ocupa, el paisaje reconocido como nacional tiene una dimensión de naturaleza que la opone a toda edificación cultural. A diferencia de un paisaje europeo, el Parque Nacional es considerado el escenario fundacional del carácter nacional, representado por la figura del “pioneer” y sus cualidades arquetípicas como hombre de frontera: cuidaba la vida y la nación como si estuviesen indiscutiblemente e indisolublemente asociados y dejaba fuera otros pobladores con otras concepciones sobre el territorio y la propiedad, los pueblos originarios.

Cuidado y modernidad se cruzan en la noción fundacional de Parques Nacionales. A modo de distracción podemos mencionar una de las guías de Parques Nacionales de 1938, donde se plantea la edificación de un montículo de piedras denominado “de los agradecidos” sobre el cual se indica

“Este montón al convertirse en colina con el transcurso del tiempo, será un digno monumento erigido por millones de turistas, a los misioneros jesuitas, soldados, exploradores y “pioneers” que implantaron los primeros jalones de cristiandad, civilidad y progreso en esas comarcas. A la vez será una muestra de reconocimiento permanente al Estado, cuya clara visión del porvenir al reservar esas tierras, permite que hoy disfruten de sus imponderables bellezas los habitantes del mundo entero” (Dirección de Parques Nacionales, 1938:10).

Desde la mirada de Parques, el disfrute del paisaje queda indisolublemente ligado a la “llegada de la civilización”, y sobre todo de la apropiación de ese territorio por parte del Estado. Y esto es interesante, dado que entre una y otra consideración podemos encontrar una importante diferencia de tiempo. La “llegada de la civilización” se refiere al avance del ejército nacional sobre el territorio patagónico y la destrucción de la población originaria asentada, en la segunda mitad del siglo XX. Esta iniciativa se corona con la efectiva incorporación de este espacio, bajo la figura de Territorios Nacionales a la Nación, en 1884 (Ley nacional N° 1.532). La llegada del Estado se presenta como algo más vidrioso, ya que el Estado se constituye a partir de sus instituciones. Y este punto fue largamente problemático, generando discusiones a lo largo del todo el período territorialiano (1884-1955). Vale destacar la reiteración del Proceso que Navarro Floria (2004) reconoce como “nacionalización fallida”, en el sentido del sitio relegado en que se encuentran los Territorios respecto del resto del concierto nacional, que hace a muchos pensadores preguntar cuál fue el sentido de la conquista, si no se efectivizó la promesa de progreso que sirvió de justificativo a la destrucción de lo que existía (Sarobe, 1935).

En un proceso donde la pregunta por lo nacional está en el tapete, el paisaje de uno de los rincones que se percibe altamente relegado (Frey, 1916), la región del lago Nahuel Huapi, se torna tema de interés nacional y en 1934 se erige en imagen de referencia de argentinidad. Estos espacios, considerados como prístinos, se presentan como promesa de futuro para el país, cuyo devenir aparece vinculado a esta tierra, que aún contiene mucho de indómita.

Aquí vale una aclaración, el Parque Nacional Nahuel Huapi se encuentra en un territorio que en sí mismo es presentado como una promesa: la Patagonia, que se representa en la literatura específica según dos imágenes, por una parte como lugar de recursos estratégicos para el desarrollo del país, y por otra como territorio en riesgo (Navarro Floria, 2007, 2010).

Vale como ejemplo del sentido de riesgo, una mirada de 1870 de uno de los destacados viajeros científicos de estos territorios, William Hudson, quien en “Días de ocio en la Patagonia” relata la

experiencia de un retiro obligado en los rincones más inhóspitos de un territorio poco explorado por visitantes occidentales. Las reflexiones de este naturalista son por demás elocuentes en relación a la consideración de esta particular “naturaleza”. Cito “Es duro vivir en el seno de una Naturaleza indomada o sometida a medias, pero hay en ello una maravillosa fascinación. Desde nuestro confortable hogar en Inglaterra, la Naturaleza nos parece una paciente trabajadora, obedeciendo siempre sin quejarse, sin rebelarse nunca y sin murmurar contra el hombre que le impone sus tareas; así puede cumplir la labor asignada, aunque algunas veces las fuerzas le fallen ¡Qué extraño resulta ver esta naturaleza, insensible e inmutable, transformada más allá de los mares en una cosa inconstante y caprichosa, difícil de gobernar; una hermosa y cruel ondina que maravilla por su originalidad y que parece más amable cuanto más nos atormenta... A veces es presa del furor que le causan las indignidades a que la sujeta el hombre podando sus plantas, levantando su suelo blando, pisoteando sus flores y su hierba. Entonces adopta su más negro y temible aspecto, y como una mujer hermosa que en su furia no tiene en cuenta su belleza, arranca de raíz los más nobles árboles y levanta la tierra esparciéndola por las alturas...” (Hudson, 1997: 78-79).

La naturaleza no sólo es mujer, sino que, dependiendo del espacio de que se trate, puede verse como una mujer más o menos sometida o, por el contrario, indómita y furiosa, y siempre irracional, caprichosa y dependiente, elementos siempre presentes en la metáfora femenina y que permiten caracterizar hasta el fundamento de la relación asimétrica o colonial. La tierra en sí, y con ellas sus habitantes, se presentan como necesitados de guías y de cuidados, la figura de minoría de edad también es adecuada para caracterizar la forma en que se concibe al espacio.

Esta idea se repite en quienes, muchos años más adelante, recorren las montañas de la Patagonia, cuyas memorias, durante todos los años del territorio, se editan en las Memorias de una institución barilocheense de los años '30, el Club Andino Bariloche.

Como anécdota vale el artículo que en 1951 publican Rodolfo Venzano y Andrés Lamuniere, para reflexionar sobre las actividades de montaña desplegadas en los veinte años anteriores. La preocupación de estos autores es diferenciar las características de la actividad local respecto de su casi homónima europea, es decir, en andinismo del alpinismo. En ese escrito se encuentra que, a pesar de reconocer las similitudes entre ambos paisajes y actividades, existen particularidades que imprimen un mayor grado de heroísmo a las actividades en estas tierras americanas, por las dificultades específicas que se enfrentan en los andes patagónicos, que al propio desafío de trepar a una cumbre agrega elementos provenientes de “... la fiereza salvaje del bosque virgen y de fragosos torrentes” (:6) generando situaciones “...que no se conocen en los Alpes europeos ...” (:6), como por ejemplo, alcanzar el pie del cerro en regiones donde no hay caminos “Llegar hasta la base del cerro puede insumir ... hasta diez o quince días (según el estado del tiempo), debiéndose acampar, trasladar víveres y equipos a pie, abriéndose paso a machete en partes ... ” (:7). Reconocen

diferencias dramáticas en la vegetación, el sotobosque arbustivo de las montañas patagónicas y la caña colihue se presentan como grandes obstáculos, generando retrasos y sumando cansancio “... el progreso es tan lento y fatigoso que puede resultar una velocidad de 200 metros lineales por hora...” (:7). La aventura forma parte intrínseca del sentido de recorrer las montañas argentinas, lo cual otorga un carácter heroico a quienes enfrentan estos desafíos, y en ese punto los andinistas de argentina se diferencian de los alpinistas europeos, “Recordemos que en los Alpes no ocurren los inconvenientes arriba anotados por la abundancia de senderos, la falta de colihues y porque el bosque de arbustos rastreros no existe (tal vez debido al pastoreo del ganado durante milenios). Tampoco es necesario cruzar a vado gruesos torrentes o ríos, porque en Europa hay puentes por doquier. Los refugios alpinos y hoteles de montaña son abundantes, lo mismo que las carreteras de altura. De tal manera que en la mayoría de los casos se hace innecesario llevar carpas, bolsas de dormir y provisiones de boca para varios días” (:8)

El artículo de Venzano y Lamuniere sigue haciendo referencia a la falta de mapas, escasez de poblaciones, sendas y refugios y, sobre todo, a los avances, en términos de conocimiento permitidos gracias a la actividad y desde este lugar reivindican el sentido patriótico de las iniciativas. Sin focalizar en la distinción respecto a lo alpino, podemos encontrar en las *Memorias* del CAB publicadas anualmente desde 1931 a 1964, descripciones de travesía que repiten, desde las actividades a las que refieren en distintos lugares, el carácter heroico de quienes se presentan como descubridores de esta región, a través de una actividad que se trae y resignifica como clave para el descubrimiento.

Desde la primer apropiación territorial por parte del Estado argentino la Patagonia es presentada como “paisaje del progreso” (Navaro Floria, 2007), promesa de un futuro de industrialización plasmado con particular profundidad en el estudio de la Comisión de Estudios Hidrológicos, liderada por el geólogo norteamericano Bailey Willys en 1914 y donde la zona andina se reconoce como espacio privilegiado de la gestación de ese futuro que se promete. En la obra de Sarobe se encuentra un ejemplo de esta mirada que nos vuelve a situar en la región que nos ocupa, dado que al referirse a los valles andinos, los compara con el desierto de la estepa, señalando en relación de los primeros que “... las mil quinientas leguas cuadradas de riquísimas praderas que contienen los valles argentinos de los andes serán, no hay que dudarlo, el asiento de la provincia más rica y poderosa de nuestro país, el día en que el tren pesado corriendo a 80 km por hora hasta el puerto atlántico más inmediato, con el mínimo de flete, traiga a nuestros grandes centros los productos industrializados por la hulla blanca que corre por doquier en aquel país de ensueño” (Sarobe, 1935:10). Dentro del espacio de futuro, los valles andinos se presentaban concentrando la máxima potencialidad.

Pero como indica Navarro, es también un territorio de riesgos, y no por la bravura de su geografía, sino, sobre todo, en la emergencia de nuevas hipótesis conspirativas, que redundaron en un incremento de la presencia militar (Bohoslavsky 2006, 2009). La preocupación renovada por la región patagónica formaba parte de un clima de ideas en el cual los militares y sus puntos de vista tuvieron una incidencia importante: “Si la *Patagonia-progreso* era tarea para los pioneros y su lucha contra la geografía, la *Patagonia riesgo* es para los militares y su lucha contra una invasión a la que se cree siempre inminente” (Bohoslavsky 2006:156). La fundación de la Gendarmería Nacional (1938), la creación de la Gobernación Militar de Comodoro Rivadavia y de zonas de seguridad en las fronteras, y hasta la misma política de Parques Nacionales (Navarro Floria 2008) son señales claras del nuevo nacionalismo defensivo proyectado sobre la Patagonia.

Pero los términos en que se presenta la apropiación y descubrimiento no se redactan de cualquier manera sino a partir de respetar el formato propuesto por la disciplina geográfica, que en sus mapas desde el siglo XIX, y en los debates de las revistas científicas específicas, da cuenta de la pluralidad de miradas, proyectos e intereses en juego (Navarro, 2007a). Ahora bien, parte de este debate se reitera en la cordillera varios años más tarde, en 1931-322, cuando se elaboran desde el recién inaugurado CAB los primeros mapas de lo que sería el PNNH. Desde estas iniciativas el CAB repite la práctica de apropiación simbólica de la Patagonia ya reconocida por Navarro (2007a), al trazarse en los dibujos de los mapas y los relatos de viajes de descubrimiento de corte naturalista, antes que cualquier otro tipo de reflexión. La geografía, va a decir el historiador argentino, reproduce en sus debates las discusiones en torno a los proyectos que se despliegan y a la pregunta por el desarrollo, y el hecho de que desde el CAB se reitera esta idea en los inicios de los años '30, implicando esta nueva “conquista” simbólica del espacio cordilleranos, pone en evidencia una disputa de sentidos sobre la lógica localmente validada sobre la apropiación del espacio que unos años más adelante sería dirimida con el efectivo establecimiento de la Dirección Nacional de Parques Nacionales en 1934.

Los años '30 y el vínculo con Nación

Eduardo Bessera (2008) y Laura Méndez (2009, 2006) evidencian que, por diversas razones, vinculadas centralmente a procesos chilenos y al modo en que se consideraba la frontera, la década del '20 introdujo un enorme desgaste en la estructura económica de la región. En este proceso encontramos algunas de las referencias de resignificación del paisaje y aprovechamiento del entorno, que en ese contexto de crisis se erigieron como alternativas. En 1922 se creó la Comisión Pro Parque Nacional del Sud, que buscaba comenzar a trabajar en la consolidación de un área natural protegida en el terreno que en 1934 albergaría al PNNH. Esta Comisión tuvo integrantes que participaron activamente en las publicaciones geográficas, instalando en esos espacios académicos

los debates sobre el desarrollo de una región que, en la práctica, seguía descansando en la explotación maderera y ganadera (Núñez, 2008). Estos debates llaman la atención acerca de la promesa de la actividad turística como parte de las iniciativas propias del área protegida que se buscaba consolidar, sin plantearse en directo antagonismo con las actividades que ya se llevaban adelante, sino a partir de reglamentaciones y controles (Anasagasti, et al; 1926), que deslizan la idea de una articulación de iniciativas (Núñez, 2008).

Este proceso, que se plantea gradual en sus formulaciones de la década del '20, se presenta como un cambio intempestivo en 1934, con la llegada de la Dirección de Parques Nacionales y su particular comprensión del turismo (Núñez y Vejsbjerg, 2010) que sitúa esta empresa como antagónica de las precedentes, tomando como ideal las actividades deportivas de montaña. Desde este reconocimiento emerge una pregunta necesaria, para vincular la valorización del paisaje, el reconocimiento de la economía local y, desde allí, avanzar en la pregunta sobre la relación con Nación.

Las apropiaciones del paisaje: de la organización agrícola-ganadera-mercantil al turismo

Los veinte fueron años duros para la zona cordillerana de Río Negro, Chubut y Neuquén. El precio internacional de la lana experimentó un gran ascenso en el contexto de la primera guerra mundial, sin embargo a partir de 1921 esta tendencia comenzó a revertirse y se mantuvo a la baja durante toda la década, hasta la estrepitosa caída de los años treinta. El mercado vacuno también se vio afectado durante estos años, en este caso la variable no fueron los precios internacionales sino las erráticas políticas arancelarias implementadas por el Estado chileno y las respuestas por parte del gobierno argentino. A este contexto desfavorable debemos sumar, en el caso de aquellos que no habían accedido a la propiedad de la tierra, los aumentos en el arrendamiento percibidos por el Estado en un contexto que favoreció el acopio de tierras en pocas manos (Suarez, 2005; Finkelstein y Novella, 2007; Mendez, 2007).

San Carlos de Bariloche no escapó a este contexto de crisis, sin embargo la misma tuvo sus particularidades. Al igual que otras regiones fronterizas de la Patagonia, Bariloche estuvo integrado a un circuito económico que abarcaba una región comprendida por dos jurisdicciones nacionales. Su consolidación como polo dinámico de intercambio comercial estuvo ligada a La Compañía Comercial Ganadera Chile Argentina y a sus vínculos comerciales con Puerto Montt (Méndez, 2005). Este circuito comercial funcionaba a lo largo de todo el año a través del paso Pérez Rosales, el cual permitía un intercambio continuo posibilitando así que la zona nahuelhuapeña accediera a bienes manufacturados europeos y productos primarios provenientes de Chile, a la vez que colocaba sus excedentes primarios en el mercado trasandino. Desde Bariloche la principal exportación estaba conformada por lanas y ganado en pie, provenientes del Nahuel Huapi y del oeste del Chubut.

La primera guerra mundial, la llegada del ferrocarril a Puerto Montt y la vinculación de esta

localidad con las demandas del centro del país, la llegada de instituciones argentinas para disminuir el intercambio trasandino, son algunos de los elementos que aparecen para explicar el fuerte desgaste de la economía local en los '20 (Mendez, 2006; Rey, 2005), que como veíamos se inscribe en un escenario general. Pero hay algo más, la economía a escala nacional, tanto en Chile como en Argentina, focalizan otros territorios (Almonacid, 2005; Núñez y Acoitía, 2011) y en esa no-importancia económica se enmarca el desmoronamiento de los factores más dinámicos de la economía local (las explotaciones ganaderas y madereras, cuyo derrumbe se vincula al suicidio en 1932 del principal actor económico local en esos años, Primo Capraro). Vale un interrogante sobre esa falta de interés, puesto de otros actores cordilleranos, con vinculaciones familiares a la burguesía ganadera nacional, superaron esta crisis con un apoyo nacional que les permitió incluso concentrar tierras (Finkelstein y Novella, 2006). Primo Capraro fue un enriquecido aventurero italiano, que a pesar de su alto grado de gestión política, carecía de estos niveles de pertenencia. También podemos pensar que la organización de estos espacios de frontera, los mitos conspirativos operaron privilegiando una mirada dirigida al control antes que al desarrollo.

Pero lo que nos ocupa en esta ponencia no es tanto el análisis de los vínculos familiares o las sospechas políticas, sino que la argumentación a través de la cual se justifica la no relevancia económica del espacio apela directamente al valor del paisaje. Es decir, el mismo argumento que había servido para fundamentar el potencial de crecimiento es reeditado para justificar la subordinación a la economía nacional.

Si miramos en escenario trasandino, Almonacid (2005) va a referir que el espacio va a tornarse en subordinado a la órbita de Santiago, a partir de subordinar la actividad agrícola ganadera que allí se comenzó a centralizar. En Argentina el proceso es diferente, como mencionábamos, el aprovechamiento del paisaje se tornó en alternativa, que en el '26 se pensaba articulada con lo que se explotaba y desde el '34 como antagónica y excluyente. Va a ser en este cambio donde se evidencie la incorporación de este espacio en sentido subordinado. Porque el turismo está fuera de lo que se consideran las actividades económicas centrales del país, el agro, la ganadería o la industrialización por sustitución de importaciones. El potencial energético de la región, estudiado y valorado (Sarobe, 1935, Willis, 1988 [1914]), que en 1914 fue directamente ligado al cuidado de los bosques (Mendes, 2000) no se vincula a todas las intervenciones relativas a la preservación del paisaje de 1934, que reducidas a su sentido de representación simbólica de argentinidad, se alejó de toda reflexión o planificación asociada a una propuesta productiva.

La dependencia de una región no-económica

Lejos de instituirse en la actividad económica de relevancia, el turismo se redujo meramente una actividad, que no se toma desde la misma lógica que cualquier otra actividad productiva. Podemos

ver esto al indagar en las vinculaciones internacionales planteadas durante estos años. Ajena a los discursos de generación de frontera resaltados por Bustillo, la política diplomática argentina estaba llevando adelante un fuerte proceso de integración con Chile en términos de intercambios energéticos y de materias primas (Lacoste, 2005), por ello podemos pensar que el planteo del turismo como actividad económica emerge como una alternativa a un espacio que en sí no se piensa como económico. Los números de visitantes de estos primeros años permiten poner en debate la efectiva relevancia de esta actividad en la zona (Rey, 2005)

Yendo más adelante en el tiempo, en 1952 la municipalidad de Bariloche encuentra que no tiene antecedentes de la actividad cuando se propone planificarla. Esta falta de investidura valorativa en un sentido productivo se profundiza en los dos primeros gobiernos de Perón, cuando se presta mucha atención a la actividad pero a través de comprenderla como derecho social (Núñez y Vejsbjerg, 2010), ignorando deliberadamente todo antecedente respecto a la actividad (Troncoso y Lois, 2004) y generando un imaginario local donde el peronismo aparece ligado a la falta de planificación sobre el espacio, producto del alejamiento de Parques Nacionales del desarrollo que involucraba a Bariloche, el cambio en la modalidad turística (a partir de incorporar el turismo social) y el distanciamiento entre el desarrollo de la localidad y el manejo efectivo del PNNH (Núñez, 2003; Núñez y Vejsbjerg, 2010).

Y en este punto el centralismo del Estado emerge recrudescido, frente a la demanda de apoyo erigida a causa del alejamiento de la institución de referencia en Bariloche hasta el momento, Parques Nacionales. Este alejamiento, vivido en términos de abandono, proyecta, a su vez, confusión en torno a la vinculación con el entorno. Las reediciones de textos normativos muchas veces evidencian la existencia de incertidumbres, que demandan de una nueva exposición de los valores morales, por ello no sorprende cuando reaparece el sentido idealizado del paisaje en las publicaciones locales. Las mismas se encuentran editadas en las memorias del CAB, baluarte simbólico insustituible en cuanto a los vínculos que se plantean entre la sociedad local y su entorno. Situémonos en documentos de la localidad y de estos años, en Bariloche se desplegaba una confusión sobre el manejo del turismo, que se intenta resolver con la ordenanza 1 – C – 52,

“Considerando que la actividad turística constituye la base económica de la localidad y que propendiendo a su incremento, difusión, propaganda y organización de atracción se beneficiarán por igual las fuerzas del trabajo y la producción local...

Que la creación de un organismo permanente que congregue a las entidades directas o indirectamente vinculadas a la actividad turística, vendrá a llenar una importante función local.

Que la obra realizada por la Administración General de Parques Nacionales y turismo en la zona, tanto lo que compete a la conservación de la fauna y de la flora, como a turismo en su más amplia concesión; a contribuido grandemente al desarrollo económico, cultural del Parque Nacional y por

ende al pueblo de San Carlos de Bariloche; y que la experiencia y capacidad de ese organismo es de gran utilidad a los fines perseguidos...

Se sanciona con fuerza de Ordenanza

Art.1º) Créase una comisión Municipal de Fomento, cuyas funciones y atribuciones serán:

- a) Realizar las gestiones ante las autoridades nacionales, provinciales, etc. en las cuestiones que atañen al turismo en San Carlos de Bariloche.
- b) Fomentar cualquier iniciativa que propenda al progreso edilicio de San Carlos de Bariloche.
- c) Organizar la propaganda en el país y el exterior
- d) Propender la realización de viajes económicos
- e) Organizar fiestas y atracciones durante las temporadas turísticas...”

Esta Comisión va a encontrar la ausencia total de datos sobre cualquier manejo local del turismo.

Desde el CAB, con el apoyo de la Dirección de Parques Nacionales, se construían refugios que interpelaban a la sociedad respecto de su relación con el entorno, tal como se ilustra en las memorias de esta institución en 1951,

“No hay que pensar solamente que el turismo rinde plata y contentarse con facilitar el acceso a la mayor cantidad posible de turistas. Si se destruyen los encantos naturales de la región, los turistas perderán su interés... el idealismo parecerá un mal negocio para el presente, pero las generaciones futuras lo apreciarán. Si el Perito Moreno no hubiese sido un idealista, hoy no existiría el Parque Nacional Nahuel Huapí. Nadie acudiría a esta hermosa región que habría dejado de ser tal por la dañina imprevisión del hombre ... Para subir montañas se necesitan buenas piernas, pero la montaña no es un mero terreno de ejercicios físicos. El andinista necesita también ojos que sepan contemplar el grandioso espectáculo de la Naturaleza y un corazón que aprecie, respete y sienta emoción por aquello que no fue creado por los hombres, pero que constituye una eterna lección para ellos” (Neumeyer, 1951: 139).

La ausencia de referencias al desarrollo se completa con valoraciones morales legítimas, pero que retornan a un lugar secundario el nivel económico de la sociedad local. La ambigüedad de la iniciativa turística, económica en la práctica, social y cultural en el imaginario, no se dirime, porque el Estado Nacional en sí tuvo consideraciones cambiantes y, centralmente, no se ocupó mayormente del tema. Esta falta de atención sobre el sentido mismo de la actividad impacta en el imaginario local repercutiendo, incluso, en la propia organización del espacio como parte de la Provincia de Río Negro. En 1958, cuando se elabora la Constitución provincial, se citan taxativamente todas las actividades de este espacio, y se omite llamativamente al turismo (Núñez, 2003). Esto es más llamativo si se toma en cuenta que la Comisión constituyente estaba presidida por una vecina barilocheña, hija del influyente Emilio Frey y esposa de otro vecino de relevancia, Juan Javier Neumeyer, ya citado en sus reflexiones dentro del CAB.

Esta falta de atención a la actividad que media la relación con el espacio, vuelve a encontrarse unos años después. En 1964, el entonces secretario de Turismo, Jesús Dionisio Fanjul, va a denunciar que el Turismo en Argentina se ha olvidado como actividad económica, “La definitiva y vigorosa puesta en marcha del turismo nacional, requiere en mi opinión, la modificación de estructuras tanto políticas como económicas que posibiliten las grandes realizaciones indispensables para el rendimiento inmediato de las industrias turísticas, mayores facilidades para créditos y un sólido respaldo económico son puntos de partida indispensables. El turismo en nuestro país no está contemplado como una industria, y por lo tanto carece de una asistencia crediticia equivalente, incluso en nuestra provincia con una de las mejores realizaciones turísticas de nuestro país, no se encuentra comprendida en la carta orgánica de su administración bancaria, tampoco se menciona concretamente el turismo en los planes de nuestro desarrollo (*Río Negro*, 11 de agosto de 1964)”.

En la más importante planificación de la ciudad en estos años, la elaborada por Jorge Hardoy en ese mismo año, 1964, por pedido de la municipalidad local, se plantea el destino incierto de Bariloche, claramente fuera de todas las planificaciones nacionales. No hay lazos claros con Nación y en eso se funda la falta de planificación, o podríamos decir, frente a una notable falta de interés por parte de Nación respecto de las actividades desplegadas en el escenario nahuelhuapeño, sumado a la escasa vinculación de la localidad con la esfera administrativa provincial, desde la cual tampoco se edifica ninguna alternativa, y ante la imposibilidad de delinear un proyecto local de crecimiento común y superador de los intereses privados (Núñez, 2003), la subordinación del vínculo se repite, pero ya no como construcción sino como destino.

Conclusiones

La organización económica, reconocida como tal, que se forma de manera autónoma en el escenario del Nahuel Huapi con posterioridad a la conquista, reproduce, como el resto del Territorio Nacional, la falta de una presencia institucional que articule estas actividades con las que se desplegaban en el resto del espacio patagónico.

Esta ausencia y desinterés se tornan dramáticos a fines de la década del '20, cuando los resultados de una larga crisis, y la reiterada falta de acompañamiento del Estado Nacional, que ni siquiera reconoce las deudas tomadas con el principal actor económico local, Primo Capraro, arrastrando con ese desconocimiento al suicidio del mismo en 1932 (Mendez, 2009). Y es en ese desgaste cuando el reconocimiento y valoración del paisaje se vinculan al modo en que el Estado decide intervenir sobre el espacio, que no es a partir de instituir o apoyar un emprendimiento productivo, sino desde una política de cuidado de la naturaleza, donde las actividades valoradas son los deportes de montaña y las permitidas buscan reducirse al turismo. En este proceso se evidencia la estrategia y la forma del centralismo que se despliega, puesto que la dependencia y subordinación se

fundamentan desde el cuidado que se propone.

En los años subsiguientes no volveremos a encontrar iniciativas productivas que repitan el nivel de autonomía y proyección de aquellas planteadas en las primeras décadas del siglo, porque en el cuidado al entorno, y en el reconocimiento y referencia que la Nación proyectaba y distinguía en el paisaje, se iba consolidando un vínculo asimétrico, ajeno a las formas de intercambios asociadas a lo que se consideraba producción.

Es por ello que desde el título se plantea el vínculo entre la valoración del paisaje y la conformación centralista de un estado, que signa una subalternidad que aún nos atraviesa. Podemos pensar que en este sentido se reproduce, con su formato propio, el modo en que la Patagonia, con toda su vasta heterogeneidad se incorpora a la Argentina. O, trascendiendo los límites territoriales, como todo el interior se vincula con esa ciudad-pulpo que es Buenos Aires, a través de lo que Exequiel Martínez Estrada caracterizó en 1946 muy gráficamente en “La cabeza de Goliat”. Esta dependencia te torna aún más paradójica si se piensa que los planes de desarrollo, para sacar al país de la situación de subordinación mundial, asociaban la emancipación al aprovechamiento de los recursos del Nahuel Huapi, como cita Sarobe (1935) de Baile Willis (1914) “La república continúa siendo un país esencialmente pecuario y agrícola, y sus principales riquezas consistirán siempre en esos productos; pero no continuará indefinidamente la absoluta dependencia en que ahora se halla con respecto de Europa por los artículos manufacturados que necesita. Su mercado interno crecerá con el aumento de la población y con el desarrollo de la clase de pequeños terratenientes cambios que las leyes naturales económicas están efectuando y que los buenos patriotas se esfuerzan por fomentar. A las necesidades de ese mercado atiende ya en parte la industria nacional valiéndose del costoso carbón importado. Este combustible puede ser reemplazado por la fuerza hidráulica del lago Nahuel Huapi” (Sarobe, 1935:221).

Es esta visión la que no se consolida, la del espacio formando parte de un desarrollo económico más amplio. Y esta no vinculación se pega al valor cultural de su paisaje, al reconocimiento del turismo como parte de la edificación de ciudadanía general y a la desvinculación del desarrollo urbano de Bariloche respecto de su entorno. Y cada una de las formas en que estos elementos retornan al escenario nahuelhuapeño, reitera el grado de dependencia a la luz de la falta de autonomía o de la primacía de proyectos privados que no tienen un horizonte de bien común como para tornarse en una línea de desarrollo futuro.

Bibliografía

Almonacid, Fabián (2005) *La agricultura del sur de Chile (1910-1960) y la conformación del mercado nacional*. Tesis doctoral. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense de Madrid.

- Bessera, Eduardo (2008). *Políticas de Estado en la Norpatagonia Andina. Parques Nacionales, desarrollo turístico y consolidación de la frontera. El caso de San Carlos de Bariloche (1934-1955)*. Tesis de Licenciatura. San Carlos de Bariloche: Centro Regional Universitario Bariloche, Universidad Nacional del Comahue.
- Bohoslavsky, Ernesto (2006) *Los mitos conspirativos y la Patagonia en Argentina y Chile durante la primera mitad del siglo XX: orígenes, difusión y supervivencias*. Tesis doctoral. Madrid, Universidad Complutense de Madrid.
- Bohoslavsky, Ernesto (2009). *El complot patagónico. Nación, conspiracionismo y violencia en el sur de Argentina y Chile (siglos XIX y XX)*. Buenos Aires, Prometeo.
- Descola, P. y Palsson, G (coord.) (2001) *Naturaleza y Sociedad. Perspectivas antropológicas. Siglo XXI*. México
- Finkelstein, Débora y Novella, María Marta (2006) “Actividades económicas y procesos de construcción social en las áreas andinas de Río Negro y Chubut” en Bandieri, Blanco, Varela (dir) *Hecho en Patagonia. La historia en perspectiva regional*. CEHIR. UNCo. Argentina. Pp 191-210
- Fortunato, N. (2005) “El territorio y sus representaciones como fuente de recursos turísticos. Valores fundacionales del concepto de “parque nacional”. *Estudios y Perspectivas en Turismo*, Volumen 14, Número 4. pp. 314-348.
- Lacoste, Pablo (2005) “Argentina y Chile 1810-2000. Asociación diplomática y desarticulación fronteriza (1930-1966)” En Lacoste (comp.) *Argentina Chile y sus vecinos* (tomos I). Caviar Blue. Mendoza
- Mendes, José María (2000) “El bosque a comienzos del siglo XX en la mirada de Bailey Willis”. *Pueblos y Fronteras de la Patagonia Andina Revista de Ciencias Sociales*, Año 1, N°1. pp. 16-23.
- Méndez, Laura (2005) “Una región y dos ciudades. Puerto Montt y Bariloche; una historia económica compartida”. *Pueblos y Fronteras de la Patagonia Andina Revista de Ciencias Sociales*, Año 5, N° 5, p. 4-11.
- Méndez, Laura (2006) “Circuitos económicos en el Gran Lago. La región del Nahuel Huapi entre 1880 y 1930” en Bandieri, Blanco, Varela (dir) *Hecho en Patagonia. La historia en perspectiva regional*. CEHIR. UNCo. Argentina. Pp 231-249
- Méndez, Laura (2007) “Bariloche 1880-1935: procesos migratorios , prácticas políticas y organización social” en Ruffini, Masera (coor.) *Horizontes en perspectiva. Contribuciones para la historia de Río Negro 1884-1955.vol I*. Fundación Ameghino-Legislatura de Río Negro. Viedma
- Méndez, Laura (2009) “El león de la cordillera”. Primo capraro y el desempeño empresario en la

región del Nahuel Huapi, 1902-1932, Boletín Americanista, Año LIX, n° 59, Barcelona, 2009, pp. 29-46.

- Merchant, C. (1980) *The death of nature: Women, Ecology and the Scientific Revolution*. Harper & Row. Nueva York.
- Navarro Floria, Pedro (2007) *Paisajes del Progreso. La resignificación de la Patagonia Norte, 1880-1916*. Educo. Argentina.
- Navarro Floria, Pedro (2004) La nacionalización fallida de la Patagonia Norte, 1862-1904. *Quinto sol* N°7. Pp 61-91
- Navarro Floria, Pedro (2007a) Paisajes de un progreso incierto. La norpatagonia en las revistas científicas argentinas (1876 – 1909). En Navarro Floria (comp.) *Paisajes del Progreso. La resignificación de la Patagonia norte, 1880 – 1916*. Educo. Neuquén. Pp 13-78
- Navarro Floria, Pedro (2008) “El proceso de construcción social de la región del Nahuel Huapi en la práctica simbólica y material de Exequiel Bustillo (1934-1944)”. *Pilquén (Universidad Nacional del Comahue, Viedma)*, 10 (2008), [En línea: <http://www.revistapilquen.com.ar>]
- Navarro Floria, Pedro (2010) “Planificación fallida y colonialismo interno en los proyectos estatales del primer peronismo (1943-1955) para la Patagonia” *Mesa temática 17. Construcciones discursivas y visuales sobre el territorio patagónico. Representaciones políticas, literarias, científicas y técnicas*. Atas Jornadas de Historia de la Patagonia. La Pampa.
- Nelson J.G., Needham R.D., y Mann D.L. (eds.) (1978) *International experience with National Parks and Related Reserves*. Publication Series No. 12 University of Waterloo. Waterloo, Ontario.
- Núñez, Paula (2003) Un municipio alejado, una actividad tangencial y los efectos de un profundo cambio institucional. San Carlos de Bariloche, 1950-1970. Tesis de licenciatura en Historia. Universidad Nacional del Comahue.
- Núñez, Paula (2008) “La dinámica de una localidad desde la articulación de sus instituciones. El municipio de San Carlos de Bariloche, el Club Andino Bariloche y Parques Nacionales 1931 – 1955”. En Iuorno, G. y Crespo, E. (coord.). *Nuevos espacios, nuevos problemas. Los territorios nacionales*. CEHEPYC. Argentina: 173-190
- Núñez, Paula y Vejsbjerg, Laila (2010) “El turismo, entre la actividad económica y el derecho social. El Parque Nacional Nahuel Huapi, Argentina, 1934 – 1955” en *Estudios y Perspectivas en Turismo* Vol. 19: 930 – 945.
- Núñez, Paula y Azcoitia, Alfredo (2011) “El clivaje regional de la primera guerra mundial” *IX Congreso Argentino Chileno de Estudios Históricos e integración cultural*. Bariloche.
- Oelschlaeger, M. (1991) *The Idea of Wilderness: From Prehistory to the Age of Ecology*. New Haven. Yale University Press.

- Ortega Cantero, Nicolás (2009) "Landscape and identity. The vision of castile as a national landscape (1876-1936)". *Boletín de la A.G.E. N.º 51* . pp. 379-381
- Rey, Héctor (2005) "La economía en el Nahuel Huapi" En Rey (comp.) *La Cordillera Rionegrina. Economía, Estado y Sociedad en la primera mitad del siglo XIX*. Editorial 2010 Bicentenario. Viedma.
- Suarez, Graciela (2005) "La seguridad y el orden: el accionar de la policía en la región" En Rey (comp.) *La Cordillera Rionegrina. Economía, Estado y Sociedad en la primera mitad del siglo XIX*. Editorial 2010 Bicentenario. Viedma.
- Troncoso, C. y Lois, C. (2004) Políticas turísticas y peronismo. Los atractivos turísticos promocionados en Visión Argentina (1950). Pasos. Revista de turismo y patrimonio cultural. Año 2, Vol. 2, N° 2, 2004, P. 281 – 294.

Fuentes

- Hardoy, Jorge (1964) *San Carlos de Bariloche. Planeamiento Físico*. 1964. Municipalidad de San Carlos de Bariloche.
- Neumeyer, Juan Javier (1951) "Defendiendo al Huemul" en CAB *Anuario XIXº ejercicio*. Edición propia. SC de Bariloche.
- Sarobe, J.M. (1935) *La Patagonia y sus problemas. Estudio geográfico, económico, político y social de los Territorios Nacionales del Sur*. Buenos Aires: Aniceto López, 1935.
- Venzano, Rodolfo y Lamuniere, Andrés (1952) Veinte años de alpinismo-andinismo en el Club Andino Bariloche. En CAB *Anuario XXº ejercicio*. San Carlos de Bariloche : 6-11
- Willis, Bailey (1988) [1914] *El norte de la Patagonia, Comisión de estudios hidrológicos*. Buenos Aires: Eudeba.
- Dirección de Parques Nacionales (1938) *Parque Nacional del Nahuel Huapi. Historia, tradiciones y etnología*. Ministerio de Agricultura. Publicación oficial. República Argentina.
- Frey, Emilio (1916). Memorial elevado al presidente de la República, 14 de diciembre de 1916. Museo de la Patagonia. Administración de Parques Nacionales
- Bustillo, Exequiel. 1999 [1968] *El despertar de Bariloche. Una estrategia patagónica*. Sudamericana, Buenos Aires.
- Martínez Estrada, Ezequiel (1946) *La cabeza de Goliat*. Emecé Editores S.A. Buenos Aires.

Archivos consultados

- Libros de Ordenanzas de la Municipalidad de San Carlos de Bariloche
- Libros de Memorias del Club Andino Bariloche 1932- 1964
- Archivo periodístico del diario Río Negro, Roca.
- Archivo Frey. Museo de la Patagonia. Intendencia Parque Nacional Nahuel Huapi.